

~~~~~

NOCHE OCTAVA.

—

FALTO de ingenio y de destreza , no intento delinear el cuadro sublime , reservado al buril de la historia, de un rey cautivo que defiende su vida contra un senado que le acusa. La historia , repito , juzgará si Luis fué culpable : yo solo quiero retratarle como un particular desventurado.

Desde el dia en que se trató de libertar al rey hasta la víspera del de su muerte , estuvo interrumpida toda comunicacion entre él y yo , pues los encargados de su custodia habían redoblado las precauciones , y Clery no volvió á salir de la torre. Cuanto se introducía en ella , era escrupulosamente registrado , y aun la máquina telegrá-

fica vino á ser inútil , á causa de las celosías que se pusieron en las ventañas de la habitacion de S. M. , de suerte que no volví á adquirir mas informes , sinó por medio del señor de Maleshèrbes. Este respetable anciano , que había sido dos veces ministro de Luis en el tiempo de su prosperidad , tomó á su cargo , como un distinguido honor , la defensa del monarca perseguido. Todos los dias , al volver del Temple , hacía exactas apuntaciones de cuanto observaba , permitiéndome despues sacar un extracto de ellas , el que suplirá mi narracion , por lo que respeta á Luis XVI.

He procurado omitir lo que se encuentra en otros escritos ; y así solo hallará Vd. aquí , á mas de los sentimientos y reflexiones propias de un corazon sensible y acostumbrado á meditar , ciertas particularidades esenciales , que han pasado en silencio , ó aca-



so las ignoraron Clery y los demas escritores que han hablado de los últimos dias de Luis. Estos pormenores harán mayor impresion en el corazon de Vd., si considera que va á leerlos sobre las mismas cenizas del monarca á quien se refieren, y del sugeto que los escribió.

## APUNTAMIENTOS

### ACERCA DE LOS ÚLTIMOS DIAS

#### DE LA VIDA

#### DE LUIS XVI.

(*Estracto de las memorias de Malesherbes.*)

Despues del funesto resultado de las conferencias de la calle del Arbol seco, y decretada mi libertad por el tribunal de 17 de agosto, me retiré á mi

casa de campo, persuadido de que mi permanencia en Paris podría serme perjudicial, y de ningun modo útil á mi rey.

Pero cuando supe que la Convencion había decretado que Luis xvi fuese juzgado por ella, determiné consagrar á su defensa los dias que me restaban de una vida congojosa. Considerábame dichoso, si á precio de ella podía evitar un crimen á mi patria, libertando del suplicio al mas honrado de los hombres y al mas desventurado de los reyes. Me pareció que mi zelo sería tanto mas favorable á S. M., porque nadie se atrevería á tacharme de realista, pues todos me tenían por partidario de la *secta filosófica*; denominacion inventada por la ignorancia, para deshorrar á los verdaderos filósofos que jamas han formado secta. Imaginé tambien, que ninguno me haría la injusticia de creer que un hombre enve-



jecido con honor en el ministerio, defendería á un acusado, si le tuviese por culpable; y cualquiera debía suponer inocente al rey, viendo que el viejo Maleshérbes le defendía.

Tal en efecto fué la opinión que todos los buenos formaron de mí, al leer mi carta de 11 de diciembre: la asamblea la aprobó, el rey me dió gracias por ella, y el público manifestó que la aplaudía. Voy á referir en prueba de esto un hecho, tan honroso á sus autores, como agradable á mi persona. Cuando me presenté por la vez primera á la *comision de los veinte y uno*, encargada de informar sobre la causa del rey, se difundió la voz de mi llegada por los corrillos de las Tullerías y de la calle de san Honorato, por donde había pasado mi coche. Así que bajé de él, me rodeó una muchedumbre de buenos ciudadanos y de mugeres sensibles, y me suplicaron con encare-

cidas instancias que hiciera cuanto estuviese de mi parte, por salvar al rey. Una de estas honradas señoras me presentó un hijo suyo de unos dos á tres años, y me pidió de su parte permiso para abrazarme; á lo que accedí con mucho gusto. No pude dejar de enterrecerme, y el público se conmovió tambien al ver cómo sus delicadas é inocentes manos acariciaban mi arrugado rostro, y la notable contraposicion que hacía su rubia cabellera con las blancas canas de un anciano.

Antes de escribir aquella carta, fuí á verme con Vergniaud, en quien confiaba mas que en todos los otros diputados, á causa de su sencillez, gran talento é irreprehensibles costumbres. Le descubrí mi proyecto, que aprobó desde luego; pero la faccion de la anarquía le hacía ya rezelar y desconfiar de todo, aunque sin aterrarle. De los escritos filosóficos que los facciosos ci-



tan, truncan y desfiguran, solo han retenido, me dijo, esta máxima terrible de Rainal: *Las naciones envejecidas no pueden regenerarse mas que con arroyos de sangre.*

El 10 de diciembre por la noche, vispera de la primera comparecencia del rey ante la asamblea, puso un criado en un armario de la antecámara de S. M. varias bugías, y en medio de una hice introducir la carta siguiente, escrita en vitela con tinta indeleble, preparada de modo que la cera derretida no pudiese alterarla: Clery fué quien se la entregó á Luis.

## CARTA ANÓNIMA

DIRIGIDA A LUIS XVI.

(*Documentos justificativos, núm. 14.*)

« SEÑOR:

Permitid que un antiguo servidor de V. M. le acredite su estimacion, indicando la conducta que debe observar V. M. desde el principio en la causa que tratan de formarle.

La mayor parte de la nacion, y aun de la asamblea, conviene en la incompetencia de esta para juzgar á V. M. Varios representantes son á un tiempo acusadores, testigos y jueces; otros son criados inmediatos de V. M.; algunos se han declarado enemigos, y uno de ellos es pariente de V. M. Paso en silencio el establecimiento y forma-



cion de dicho cuerpo, que no tiene semejanza con tribunal alguno.

Estos son otros tantos motivos para impedir que se entable la causa. Así que, á la primera pregunta que se haga á V. M., debe responder que no tiene por competente y legal á la asamblea; que habiendo admitido, reconocido y proclamado la soberanía de la nacion, está pronto á responder al tribunal que ella nombre, con tal que se limite á ejercer el poder judicial, que consiste en la aplicacion de la ley á los casos particulares, sin tratar este asunto como una cuestion general, ó como objeto de legislacion.

Este es, señor, el escudo mas firme y el único que puede oponer V. M. á los tiros de la malevolencia, del error, de la preocupacion y de la ignorancia. Entorpecida la Convencion con este obstáculo insuperable, se verá en la necesidad, ó de nombrar un tribunal

supremo, si accede á la demanda de V. M., ó de no molestarle, si la desprecia. Pero si á pesar de esta reclamacion ó protesta, continuase en la formacion del proceso, incurrirá en el desprecio y la execracion del género humano, por cuanto esta conducta es contraria á todos los principios de justicia."

DIA 12 DE DICIEMBRE.

Ayer fué conducido Luis XVI del Temple á la Convencion nacional.

Durará largo tiempo en la memoria de la generacion presente el dia, en que precedido de veinte cañones y escoltado por cien mil hombres, salió Luis de su encierro, para comparecer en el salon convencional; y aunque esto acaeció al medio dia poco mas ó ménos, parecía media noche, segun el silencio que reinaba. Todavía está presente en mi imaginacion aquella in-



mensa hilera de hombres armados, su acompasado andar, y el rechinante sonido de las pesadas cureñas. Cien mil soldados caminan, y solo se observa un movimiento: en medio de estas falanges silenciosas rueda con lentitud un coche de color oscuro, en cuya delantera va sentado Chaumette, procurador de la municipalidad, sonriéndose maliciosamente, y á su lado Herbert, cuyo rostro halagüeño parece no pueda ser el del autor del asqueroso diario intitulado *el padre Duchesne*. Enfrente de estos dos sujetos se deja ver el rey de Francia, su prisionero.

¿Dónde están ahora los gritos de alegría, las demostraciones de regocijo, que en otro tiempo cercaban el carro triunfal del monarca, cuando ostentaba su magestad y soberanía ante los pueblos deslumbrados y enloquecidos? El desden injurioso, las señales mortificantes del aborrecimiento, y

un pasmo silencioso y triste, ocupan ahora el lugar del amor y del contento. Si la gratitud ó la compasion hacen correr algunas lágrimas, forzoso es enjugarlas en algun parage solitario y libre de miradas suspicaces. Ya no se muestra el pueblo como amigo, sinó como un juez grave y severo; y los mas están aguardando en la mayor inquietud que los sucesores del rey acusado permitan á los ciudadanos decir su opinion francamente.

Gobiernos de la tierra, ¿qué leccion se os acaba de dar! ¿Con que es cierto que todo vuestro poder viene del pueblo, y que sois nada sin él! ¿Gobierno de mi patria, si hubieses obrado siempre en favor de los intereses del pueblo, él te sostendría en la presente ocasion! Y tú, Luis XVI, hombre excelente, pero débil monarca ¿cuánto padeces, por no haber sido constantemente severo ó virtuoso!



Disfrazado con un sobretodo blanquecino, y con un sombrero grande que me permitió tener puesto el portero de la Convencion, á causa de mis achaques, he visto comparecer á Luis con la serenidad de un hombre que tiene tranquila la conciencia, sin mostrar ni la altanería propia de su clase, ni la timidez que pudiera inspirarle aquella situacion.

Barrere, en calidad de presidente, ha comenzado el interrogatorio con voz turbada, y entre tanto reinaba en las tribunas y en la asamblea toda un profundo silencio. Orleans, retirado en un rincón de la *montaña*, y escondido tras de Danton, acechaba de continuo al acusado, que ha respondido á todas las preguntas con gran serenidad de ánimo.

Por lo demas, sea que el monarca rezelase algun engaño en mi carta, ó que le faltase facilidad para esplicarse,

ó mas bien que su natural franco y sencillo sobrepujase el temor de los riesgos que le amenazaban; lo cierto es que en lugar de recusar á la asamblea como incompetente, ha confesado su legalidad, no solo respondiendo á las preguntas que se le han hecho, sinó tambien reconociendo todos los documentos presentados por el secretario Valazé. O Luis XVI! ya te has hecho cómplice de tus asesinos; tú mismo acabas de asentar el primer escalon de tu cadalso.

En este dia no ha ocurrido ningun acontecimiento memorable: solo he observado, que en medio de su actitud severa ha mostrado el pueblo mucha imparcialidad en las opiniones; diverso en esto de los oradores exaltados, que derraman tanta hiel en la tribuna pública. Insensatos! que se imaginan grandes, porqué huellan la grandeza aniquilada; á semejanza de los espa-



dachines cobardes, que se precian de valientes acribillando á estocadas un cuerpo inanimado.

Freedman, mi fiel criado, ha presenciado una escena, que puede servir de muestra para conocer la opinion general. Al entrar en la plaza Vendóme el coche del desgraciado monarca, ha gritado un foragido: *á la guillotina*. Este grito feroz en medio de tanto silencio ha causado un descontento universal; y un hombre, al parecer artesano, ha respondido á aquel bárbaro: Cobarde, espera á lo ménos que la ley decreta si merece la muerte: respeta entre tanto al desgraciado.

## DIA 14.

(Una hora ántes de acudir al Temple.)

Me he puesto muchas veces á meditar filosóficamente sobre la vanidad de

las grandezas humanas, é imbuido en los sublimes escritos de Young, he venido siempre á concluir, que en este monton de cieno, que se llama la tierra, los reyes son unas débiles pajas de la gavilla que forma la humanidad, las cuales resplandecen algo mas que las otras, porque el sol les da un brillo superior. He estudiado los historiadores; he leído de tres meses á esta parte á cuantos han escrito acerca de las revoluciones de los imperios; he recorrido la larga serie de los déspotas, ambiciosos, revolucionarios y reyes que han assolado el mundo, empezando desde las leyes sanguinarias de Dracon, los crueles castigos inventados por Fálaris, y el Gobierno anárquico de los treinta tiranos de Aténas, hasta llegar á la tiranía de Luis XI, de devota y sangrienta memoria; he recorrido la galería de los déspotas, de los ambiciosos, de los facciosos, de los dema-



gogos y de los reyes que tantos males han causado al género humano; me he acostumbrado á considerar las mudanzas políticas de este mundo, devorado sucesivamente por los hipócritas ó por los malvados; en unas partes he visto á las naciones abandonadas á cuantos escesos dictan las pasiones, y esclavizadas por sus mismos desórdenes; en otras á los usurpadores inhumanos que disponían de los hombres, como si fuesen un despreciable rebaño de ovejas, y les hacían cortar la cabeza por crueldad ó por antojo: han llegado en suma á serme tan conocidas todas las variaciones del desgraciado linage humano, como lo son los incendios memorables, las erupciones de los volcanes, los mas nombrados terremotos y los naufragios mas célebres. Mi corazón debería haberse endurecido, y mis ojos haber permanecido insensibles á la vista de tan grandes y es-

traordinarias calamidades; pero á pesar de esto no puedo contener las lágrimas, y me conmuevo interiormente cuando me pongo á contemplar el original de estos lúgubres cuadros, de que hasta ahora solo había visto la copia. ¡ Con que está preso en una torre el que he conocido reinar en un palacio, y una cuadrilla de carceleros ocupa el lugar de su brillante guardia! Con una sola palabra podía poco ha armar á un millon de soldados, cubrir el mar con sus escuadras, hacer entrar en sus arcas un rio de oro, y repartir por todas partes la vida y la muerte; ¡ y ahora ya no puede hacer nada, y tiene ménos libertad que un infeliz jornalero! Algunos de los que le custodian, pertenecían á la clase mas ínfima de sus súbditos, ¡ y al presente son los que mandan! La fortuna con sola una vuelta de su inconstante rueda ha abismado al monarca hasta el



polvo, y ha puesto al pordiosero en el trono: unos miserables andrajos cubren las carnes del que se vestía de púrpura, mientras que el manto real se avergüenza de verse confundido con los restos de la indigencia. Es esto sueño?... Y en tanto que la tiranía, embriagada de su triunfo, duerme en un lecho empapado en sangre, el pueblo está despierto para padecer. Le han prometido la libertad, y no experimenta mas que vejaciones: le dicen, vamos á darte pan, y le presentan un monton de cadáveres. ¿Cómo no hemos de detestar á los que son causa de semejante trastorno? ¿No debía parecerse la revolucion á una tempestad, que acarrea al mismo tiempo el rayo mortal y el benéfico rocío? Mas tiemblen, cuando truena, las montañas elevadas; los grandiosos edificios y los soberbios robles. Pueblo, que reúnes la razon y la locura, el acierto y los

estravíos, las virtudes heroicas y los mas inauditos atentados! ; Dichoso el que cogerá los frutos que promete la revolucion de tu país! dichoso mil veces, porqué disfrutará de sus beneficios, sin haber presenciado ni tenido parte en sus criminales principios. Pero quiero desechar estas tristes ideas, para corresponder con el sacrificio de mi propia persona á la confianza que debo á Luis.

Vengo de verle. Atravesando nueve puertas de hierro, tres verjas, un cuerpo de guardia lleno de fumadores y beodos, un gran número de carceleros, una multitud de sugetos melancólicos, cubiertos de bandas, y una continuada hilera de centinelas; he llegado á la prision de Luis, quien al verme se me ha acercado con alegre semblante. El aspecto de un monarca encarcelado me ha hecho una impresion tan profunda, que sin poderme



contener, me he arrojado á sus piés. Hubiérame parecido esto una humillacion vergonzosa en el tiempo que dictaba leyes desde el trono; pero á la sazón lo he tenido por un homenaje debido á la desgracia y á la virtud.

A pesar de mi avanzada edad, soy aun susceptible de vivas y profundas conmociones, y la que entónces sentía, me ha causado un temblor tan manifiesto, que ha tenido que alentarme el monarca. En efecto, me ha estrechado la mano con gran ternura y me ha abrazado; pero esto no ha hecho mas que aumentar mi consternacion, en términos que no podía mirarle sin deramar copiosas lágrimas. Todavía caen sobre este papel, y borran lo que acabo de escribir.

Clery ha cerrado la puerta dejándonos solos, para que pudiésemos conferenciar con desahogo; pero un oficial de la municipalidad le ha repre-

dido severamente por ello. Al oír el rey las voces, se ha levantado y me ha conducido á una torrecilla estrecha, en donde hemos entablado la conversacion mas interesante.

Antes de ponerla por escrito, debo observar, que el rey emplea los ratos ociosos en la lectura y el estudio, y que su gabinete encierra un gran número de volúmenes, de que ha leído ya mas de doscientos desde que entró en el Temple.

Hábleme Vd. francamente, me ha dicho: ¿qué juicio forma Vd. de mi causa?— Señor, el modo de entablarla es contrario á la razon y á la justicia.— No es eso lo que pregunto; sinó ¿qué piensa Vd. que harán conmigo?— Señor, la mayor parte de la asamblea y de la nacion opina, que V. M. triunfará de la desgracia y de sus enemigos.— Mis enemigos! ¿cómo es posible que los tenga, si yo no lo soy de persona



alguna? — Las desgracias, señor, se imputan siempre á los Gobiernos. — En tal caso yo soy delincuente. — Entonces he callado, y Luis no ha tardado en preguntar de nuevo: ¿Opina Vd. que debo defenderme? — Hace poco que me tomé la libertad de aconsejar á V. M., que léjos de responder á un interrogatorio ilegal, recusase á la Convencion como juez incompetente; pero reconocida ya en calidad de tal, creo que V. M. debe preparar su defensa. — Y ¿á quién se la confiaremos? — Ninguno mas hábil para el caso que Tronchet. — Dice Vd. bien; pero será preciso hablar en el tribunal: para esto se necesita buena voz y energía, y Tronchet es demasiado viejo. — Pudiera pedir V. M. á Deseze, que es un abogado de mucho mérito y fama. — Pensaremos en ello. — En esto han abierto la puerta del cuarto, y ha entrado una diputacion de la Convencion

nacional, compuesta de Cambacéres, Thuriot, Salicetti y Dupont de Bigorre. El primero ha tomado la palabra, y hablado con mucho decoro y sensatez: reducíase su mision á manifestar á Luis, que Target se había negado á defenderle, y que otros varios ciudadanos lo solicitaban. El rey les ha dado gracias, y no ha admitido á ninguno de los que le proponían, y dirigiéndose en seguida á los comisionados, les ha dicho: Señores, hace dos dias que no veo á mi familia, y creo que no puede ser la intencion de la asamblea el privarme de ella; y así ruego á Vds. que le hagan presente mi deseo, al que no dudo accederá. Está persuadido, ha respondido Cambacéres, que la asamblea sabrá conciliar siempre los derechos de la humanidad con los deberes de la justicia. — Desearía tambien, ha añadido Luis, que me franqueasen recado de escribir. Es estraño, ha repli-